
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

COSAS QUE SERÁN.

COSAS QUE SERÁN.

COSAS QUE SERÁN.

POR

JAVIER DE MENDOZA.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. CASAS Y DIAZ,
calle del Lobo, núm. 12.

1860.

ADVERTENCIA.

Creemos escusado anunciar préviamente el objeto de este escrito, atendida su escasa dimension. Desde luego nuestra idea no es otra que esponer ciertas apreciaciones, para que el pais tome de ellas lo que estime mejor y más conveniente, si de tal importancia las considera dignas.

RESÚMEN.

I.

El jefe de la division de reserva.

Parten al África las tropas españolas, por razones que todos conocen.

Un General jóven y famoso es el jefe de la division de reserva; mejor dicho: un General jóven y famoso cierra el cuadro de nuestro entusiasta y brillante ejército, como si pareciese destinado á ser espectador pasivo de sus glorias.

El General de que hacemos mencion es D. Juan Prim.

Pasan algunos dias; llegan horas solemnes y terribles, en que el nombre de España se ve comprometido ante la opinion de la misma España, ante la opinion de la Europa, ante la opinion de todo el mundo, y el General á que aludimos se hace la personificacion más atrevida, más imponente, más completa de la causa española en Marruecos.

Se inutiliza un General bizarro y caballeroso, y elanti-

guo jefe de la reserva manda entónces dos divisiones militantes, sobre las cuales pesa en primer término la tremenda responsabilidad de la campaña.

Dejemos ahora el suelo morisco; corramos las calles de nuestra capital. Ved un mapa espuesto á la ansiedad pública. ¿Á quién representa? Á D. Juan Prim.

Ved un libro abierto, en que se refiere un prodigio, casi una fábula, casi un milagro. ¿Quién es el héroe? D. Juan Prim.

Ved dos grupos de niños, los cuales figuran un combate entre españoles y marroquíes. Ántes de llegar á las manos, un grupo prorumpe en aclamaciones y víctores. ¿Á quién victorean? Á D. Juan Prim.

Ved las procesiones populares, que obstruyen las calles y las plazas en solemnidad de la toma de Tetuan. Una bandera abre camino al nacional cortejo; en aquella bandera va pintado un combate, y á la cabeza del combate un hombre. ¿Cuál es el combate? La batalla de los Castillejos. ¿Quién es el hombre? D. Juan Prim.

Dejad la corte; recorred las ciudades, las aldeas, los caseríos, las cabañas. Un nombre palpita en todo corazon español; un nombre está vivo en todas las memorias; un nombre cae de todos los labios: D. Juan Prim.

Quizá entre los vivas del entusiasmo, ese entusiasmo que es el bríndis de los pueblos, se escucha el profundo sollozo de una madre que llora por su hijo; pero el nombre de Prim corre tambien unido á ese sollozo, como el recuerdo de la gloria vive unido á una corona de laurel, áun cuando el laurel esté mustio, aunque el laurel esté empapado en sangre.

Léjos de nuestra mente la idea ruin de querer disputar sus grandes trabajos y eminentes servicios al General en jefe y á los demas caudillos de la espedicion. Léjos de nuestra mente la idea ruin de disputar su gloriosa tumba, su tumba ignorada y desierta, al soldado muerto, á esa noble víctima del amor á su patria y de la obediencia á sus jefes. Léjos de nosotros la intencion malvada de regatear al pobre soldado su martirio, martirio más santo y más ilustre para nosotros, porque es más oscuro para el mundo y para la historia. ¡No! No queremos quitar nada á nadie, especialmente en una causa que es de todos, una causa en que todos tenemos una gota de llanto y una gota de sangre; pero sería necesario estar ciegos para no ver que D. Juan Prim es el gran tipo nacional en una campaña increible, que tantos portentos dará que recordar á las falanjes agarenas; sería necesario estar ciegos para no ver que el antiguo jefe de la reserva es la figura más patriótica de una espedicion hecha por la patria.

Si habláramos nosotros, podria ser esto adulacion ó fanatismo; pero hablan los hechos. Hasta aquí nuestro folleto no es un folleto, sino una crónica.

II.

Murmuraciones.

Sin duda es achaque de la humanidad el que haya hombres que, sentados en un café, teniendo una copa en la mano, saboreando un puro, aliñándose tal vez el bigote delante de un espejo, corren el globo, quitan y ponen reyes, dividen la tierra, y componen el mundo á su placer. Luégo quieren andar, y acaso tropiezan y caen de bruces. Luégo quieren sentarse, y acaso caen de la silla. Pero esto no impide que hayan dispuesto de la humanidad, como quien se corta las uñas, ó como quien remienda su sayo. ¡Enhorabuena!

Esa especie de hombres acusa á D. Juan Prim de escesivo valor, de escesivo arrojo, de *temeridad:* esta es la palabra de que se valen.

En sentir de los que así opinan, ó mejor dicho, en sentir de los que así hablan, la campaña de África era una campa-

ña estratégica, una lid sábia, una lid empeñada con una nacion culta, la cual mueve su ejército dentro del derecho de la guerra.

En sentir de los que así hablan, no íbamos á combatir hordas salvajes, gentes que aullan, á quienes su mismo emperador no puede dominar; gentes que son bárbaras áun en su pais, áun medidas por su propia barbárie.

Volvamos los ojos á los hechos, y ellos nos dirán más que muchas consideraciones filosóficas.

¿Qué sucedió miéntras que nuestro ejército permaneció encerrado en la política de defensa?

Sucedieron los dias funestísimos de las *alturas del Serrallo*, ese nuevo Sebastopol de otra Crimea; sucedió lo que podrian decirnos los millares de hoyos abiertos á nuestros leales soldados; sucedió lo que es tan doloroso recordar, lo que dejó abiertas y chorreando sangre llagas tan profundas en el corazon de nuestro pais. Sí; sucedió que los sitiadores eran los sitiados, que los invasores eran los invadidos, que los que iban á lavar una afrenta, tenian que mendigar á precio de sus vidas un rayo de sol. Sucedió que se habia vuelto contra nosotros el objeto de la espedicion, el fin único y esclusivo de la guerra; porque España no fué á Marruecos para ser ofendida nuevamente, sino para ofender, para ganar terreno, para obtener en virtud de la fuerza una reparacion que no queria otorgarse en virtud del derecho. En una palabra, sucedió que los españoles eran los moros, que los moros eran los españoles. Eso sucedió, y desgraciadamente hablamos por boca de sucesos que no podrá desfigurar la historia.

¿Cuándo adquirió carácter la guerra? ¿cuándo entró en

sus fines, en lo que debia y no podia ménos de ser? Lo dirémos más claro: ¿cuándo fué guerra?

En la accion del 12 de Diciembre, en la batalla de los Castillejos, y en la accion del 4. *Ahí teneis la temeridad de D. Juan Prim.*

D. Juan Prim, sin olvidar la táctica hasta donde la táctica era precisa, sintió la indispensable necesidad de combatir aquellas tribus indomables con un aliento desesperado, con una decision suprema; sintió la indispensable necesidad de hacerlas comprender, no sólo la superioridad de nuestra inteligencia y disciplina, sino tambien de nuestro valor. Sintió, en buen hora para España, que era indispensable sucumbir ó espantar aquella manada de leopardos del desierto, y los espantó. Los espantó, y los leopardos huyeron como corzos heridos. Sintió y comprendió, felizmente, la clase de razones con que era necesario argüir á personas que no sabian leer, pero que sabian matar, que mataban, que habian matado millares de españoles, y toda España envió á Don Juan Prim su alborozo y su enhorabuena.

Lo decimos, no precisamente como defensa personal, sino como vindicacion histórica; porque no á D. Juan Prim, sino á la historia toca ya la guerra de África.

El antiguo jefe de la reserva comprendió y sintió la necesidad absoluta de meter la mano en el brasero sin hacer un gesto de dolor como Scévola, la necesidad virtuosa y sublime de quedarse manco como Scévola, si su brazo era menester á fin de horrorizar á Pórcena y salvar á Roma de la esclavitud y del saqueo. Ó esto, ó la pérdida de la patria. *Ahí teneis la temeridad de D. Juan Prim.*

Si la guerra convenia á nuestra causa, D. Juan Prim

dió su significacion más profunda á dos combates, cuyas resultas inmediatas fueron el espanto del enemigo, la evacuacion de Tetuan, el próspero augurio de la toma de Tánger.

Si convenia la paz; si la paz evitó que en unas cuantas zanjas mortuorias hallára su fin nuestro ejército en África, el ejército más valiente y sufrido del mundo, bajo el cruel azote del cólera, bajo los rayos de un sol abrasador y la infeccion de la humedad, en un pais donde no poseian más que el palmo de tierra que pisaban, sin contar el eterno espionaje y la eterna traicion de un odio de patria, de sangre y de creencias; si la paz evitó que la España aturdida, pálida y llorosa no encontrase en su alrededor más que cendales con que enjugar sus lágrimas: en fin, si la paz era la única solucion conveniente en la lucha empeñada, el único medio de guardar tanta gloria adquirida, el único recurso para poder admirar al mundo con el derecho que da á las naciones la proeza que combate, que sufre y que triunfa; las dos batallas á que dió D. Juan Prim su significacion más decisiva, produjeron la humilde peticion de las paces por parte del bando enemigo.

Como guerra, él fué el primero en darla tinte.

Como paz, él fué el primero en prepararla, espantando á los marroquíes.

Eso hizo el *valiente de los valientes* en las acciones y batallas del 12 de Diciembre, de los Castillejos, del 4 y de Gualdras. ¿Quereis ver ahora al General *entendido y profundo conocedor* de la guerra? Pues miradlo el 14 de Enero en el paso de Cabo-Negro. ¡Allí nacionales y estranjeros tuvieron que admirar *su pericia*, y algo que aprender de sus grandes conocimientos, puestos en práctica en esa memorable jorna-

da, en que el *inteligente* General D. Juan Prim libró sólo con su division el más importante de los combates que, bajo el punto de vista de la capacidad militar y fecundos resultados, se ha dado en esa gloriosa guerra!

No decimos que nadie fué el segundo; todos obraron admirablemente; no queremos manosear esas coronas; pero repetimos que Prim fué el primero, y el pais y la Europa lo dicen con nosotros. Mas acaso no estarán de sobra algunos detalles.

III.

Detalles.

Al principio de la lucha de África, D. Juan Prim era Teniente General, Conde de Reus, Senador del Reino, grandes cruces, esposo, padre: entónces, como ahora, le esperaba una considerable fortuna.

Llega un momento; estiende Prim una gasa negra sobre esas cosas, por cada una de las cuales arriesgaria cien veces su vida, daria cien vidas que tuviese; coge una bandera ante una masa de 40.000 moros fanatizados; la enarbola, grita, agita su caballo, arrastra al soldado, lo ciega, lo fascina, lo atrae como atrae el alambre al fluido eléctrico, y vence.

Llega otra hora; ve enfrente una tronera; la pasa; un moro está detrás; el moro le asesta; Prim lo ve, lo ve se-

reno; mide la distancia, corre, sabe que el moro no le mata, sabe que su enemigo morirá, que morirá bajo los golpes de su espada, y el enemigo muere.

Pero ¿cómo se sabe eso? ¿cómo se ejecuta sin ser temerario?

Un hombre contempla una torre por la vez primera; luégo dice: esa torre tiene tantos palmos y tantas pulgadas. Vais á medirla, y la torre tiene, en efecto, aquellas pulgadas y aquellos palmos.

Pero ¿de qué modo pudo saberlo? No, él no sabe el modo, él lo ignora. No se lo pregunteis á él; preguntádselo á Dios, que ha dado á su mirada aquella milagrosa geometría.

Pero de la misma manera que salió bien, pudo salir mal.

¡Ah! ya lo creo. Tambien el *loco* Cristóbal Colon pudo engañarse en sus inspiraciones sobre América; pero no se engañó.

Tambien el *hereje* Galileo pudo pensar mal en sus proféticas apreciaciones sobre el globo; pero pensó bien.

Tambien el matemático pudo no acertar la medida de la torre; pero el cielo habia dado á sus ojos un compás infalible, y acertó.

El *temerario* D. Juan Prim pudo ser vencido, pudo ser muerto; pero ni fué muerto ni vencido: vivió y triunfó.

No basta que viva y que triunfe, reparan algunos. Todo eso supone una ambicion sin límites.

Este reparo nos trae á la memoria el dicho de un pastor, ora sea verdad, ora cuento.

Un pastor se encontraba en la márgen de un rio caudaloso, cuando ve que un hombre se aproxima, se desnuda, se tira al agua, y pasa el rio á nado. Le sigue aturdido con la

vista, y observa que aquel hombre cogia la fruta de un manzano que habia en otra orilla.

¡Ah diantre! esclama el pastor. Ahora comprendo por qué ese hombre ha pasado el rio. Queria comerse aquellas manzanas.

No, señor pastor; vive Vd. engañado. Si Vd. hubiera pretendido comer las manzanas que están en la otra orilla, se hubiera Vd. ahogado á dos varas de tierra.

Coma las manzanas ó no las coma, aquel hombre ha pasado el rio porque *sabe nadar*, porque *sabe pasarlo;* y si no, buen pastor, haga Vd. la prueba.

Alimente D. Juan Prim ambicion, ó no la alimente, en cuyo secreto no nos consideramos autorizados para penetrar, sólo dirémos que, si *come manzanas*, *para eso atraviesa el rio*. El que pueda y sepa, ahí tiene el rio que espera á todos. ¡Cuántos comen manzanas de la otra orilla, sin mojarse el pié y sin sufrir la nota de temerarios!

D. Juan Prim hace esas cosas por instinto, por organizacion, por genio, es decir, por necesidad, porque nuestro genio es nuestra necesidad más poderosa, nuestra necesidad suprema.

Hace esas cosas, como ve, como toca, como respira, como la gota está en el cáliz que la contiene, como el misterio de un geroglífico está en su geroglífico, como el geroglífico de unas pirámides está en sus pirámides. No lo comprendemos, dirán algunos. Bueno; pero el que vosotros no lo comprendais, no es razon para que acuseis de ignorancia y de delirio á quien tiene el don de comprenderlo y de ejecutarlo; ignorancia y delirio que son de vosotros, incapaces de ejecutarlo y de comprenderlo.

La verdad es que llamais *temerario* á D. Juan Prim, por haber metido la mano en el brasero, por no haber hecho un gesto de dolor, por haber espantado á Pórcena, por haber salvado tal vez á su patria.

Pero no solamente han hablado los murmuradores de café, sino los de la prensa.

IV.

Un periódico.

Que lleven la contra á D. Juan Prim los periódicos de cierto color, es una cosa tan natural y tan necesaria, que ni paramos mientes en ello. Pero que le ataque un diario que, como *La Correspondencia*, se cree mensajera del espíritu público, y que fué el órgano semi-oficial de la guerra de África, es una especie que no puede ménos de causar asombro, particularmente cuando no se trata de una bandería, sino de un interés tan eminentemente nacional, tan eminentemente español. D. Juan Prim en Marruecos no es un bando, no es una opinion, no es un juicio; es una causa, es el juicio de la Nacion entera, es España que limpia la mancha que el atentado escupió en su rostro.

Con motivo de ciertas indicaciones de otros periódicos sobre un cambio ministerial, dijo *La Correspondencia*, con

un aplomo de doctora que deja pálido al más atrevido: «Jamás se ha pensado en D. Juan Prim para ser gobierno, y esta es la vez primera que su nombre figura en candidaturas ministeriales.»

No hemos copiado literalmente sus palabras; pero estamos seguros de no corromper su sentido.

Esta es la vez primera que su nombre figura en candidaturas ministeriales: de lo cual hay que deducir la consecuencia de que no debe figurar nunca, de que debe de quedar relegado perdurablemente.

¡Vaya una manera de discurrir! ¡Lástima por cierto que el redactor de aquel artículo no nos escriba un tratado de lógica!

Segun ese argumento maravilloso, debiéramos decir á la mujer que siente por la vez primera los dolores del parto, calla, no te quejes; sabes que no tienes derecho de anunciarnos tu dolor, puesto que es la primera vez que lo sufres. Silencio, ó te declaramos intrusa en el catálogo de las madres.

Del mismo modo tendríamos que decir á la criatura: por primera vez aspiras el aire, nunca tus ojos vieron la luz. No te conocemos; vuélvete, ó te declaramos intrusa en la religion de la vida.

Si el verificarse cualquier hecho por primera vez ha de ser razon para que no se verifique nunca, nunca debieron lucir los astros, puesto que por primera vez debieron lucir. Ni la causa primera debió jamás ser creadora, puesto que por la vez primera hubo de crear.

Y hablando de cosas infinitamente más pequeñas (perdónenos la redaccion de *La Correspondencia*), tampoco el

escritor de tal artículo debió coger nunca la pluma, puesto que, entre las veces que la cogió, alguna vez debió ser la primera. Es verdad que no hubiéramos perdido tanto como en que Dios hubiera dejado de crear al mundo; pero, en fin, esto no quita fuerza á nuestro raciocinio.

¡Cuidado si nos hace gracia el periódico en cuestion con sus escrúpulos de madre abadesa!

¿Se escandaliza de que D. Juan Prim figurase como candidato al ministerio, en un pais que ha visto Ministros á Gamboa y á Armesto, dos personas dignísimas indudablemente, pero á quienes España no habia oido nombrar? ¡Qué! ¿Armesto y Gamboa figuraron muchas veces en candidaturas ministeriales?

¿Se escandaliza de que la conciencia de un partido que ha dominado tenga aspiraciones respecto del General Prim, en un pais en que Arteta ha sido Ministro de Instruccion; en que Alonso Martinez ha sido Ministro de Fomento; en que el mismo Alonso Martinez ha dado un reglamento de estudios; en que Nocedal ha sido Ministro de la Gobernacion, y el literato Roca de Togores Ministro de Marina, interino además de la Guerra?

¿Se escandaliza *La Correspondencia* de que el nombre de D. Juan Prim figurára en candidaturas ministeriales? ¿Qué quiere ese diario? ¿Quiere, por ventura, que sea Don Juan Prim la triple encarnacion de un Bonaparte, de un Franklin y de un Washington?...... ¡Para qué! ¿Para ser Ministro en España?

Dijo tambien *La Correspondencia*, que no la obligarian á participar de la opinion de los que ven en D. Juan Prim *ó quieren hacer de él algo más que un General valiente.*

Para provocar de esta manera la opinion pública, es necesaria toda la impunidad de un periódico favorecido, toda la alucinacion que produce el deseo de ser agradable á una política, aunque se haga de un modo necio; todo el engreimiento de la fortuna.

¿Nada más que un General valiente ve *La Correspondencia* en uno de los Generales que reunen más conocimientos sobre milicia, porque es uno de los que más han visto y estudiado dentro y fuera de España?

¿No ve más que un General valiente en quien principió tantos años hace su carrera en los Parlamentos, y que ora en la mayoría, ora en la oposicion, ha sido siempre un voto tan temible en las Cámaras?

¿General valiente, nada más, quien ha figurado, como el Conde de Reus, en casi todas las revoluciones políticas del pais, y que en una de ellas tuvo casi en sus manos el destino de España?

¿General valiente, nada más, y la Reina lo hace Senador?

¿General valiente, nada más, y la Reina lo hace Conde, Marqués, Grande de España de primera clase?

¿Valiente, nada más, el General de la retirada del 12 de Diciembre y de la batalla de Cabo Negro?

¿General valiente, nada más, y el General en jefe le confia el mando de dos divisiones avanzadas, en una guerra en que iba á ese jefe su honra y la honra de toda la Nacion?

¡Miren Vds. lo que hace el poder de la magia negra! Quién lo habia de decir! En una hora, en un minuto, Don Juan Prim no es más que un General valiente... ¿Por qué?

dirán nuestros lectores. Por decreto y en virtud de un artículo de *La Correspondencia*.

Imposible parece que un diario español pueda mostrarse tan pobre, tan ingrato, tan injusto con un hijo de España, cabalmente cuando pisa tierra estranjera y asombra al mundo, consagrando tan heróicamente su inteligencia, su esfuerzo y su vida al honor y á la gloria de su pais.

Pero si la murmuracion es el complemento de los hombres que salen del nivel de los demas, D. Juan Prim debe estar muy contento de esas estrecheces de un diario injusto, parcial y mezquino.

Basta; vamos á otra cosa que importa más.

V.

¿Quién será?

Conste, ante todo, que no hostilizamos al actual Presidente del Consejo. Conste, ante todo, que le respetamos por sus virtudes en la familia, por su probidad en el gobierno, por sus trabajos, hasta por su ambicion, si la tiene; hasta por su fortuna, que la tiene indudablemente.

La paz de Marruecos, por más conveniente que sea, por más necesaria que se considere, por más que haya soldado gravísimas dificultades, y sea el primero y mejor de sus servicios á la patria, habia muerto á O-Donnell en el ánimo público. Esto es indudable. Necesitaba un acontecimiento para resucitar, y vino la intentona de Ortega. Tal vez de este mismo incidente surjan situaciones muy comprometidas para el jefe del Ministerio; pero la Nacion, que bostezando habia apartado los ojos de él, vuelve á fijarlos, mira y espera. Esto

se llama tener fortuna, lo cual equivale á tener mucho para lograrlo todo, tambien para sostenerse en el mando.

No obstante, en una clase de gobiernos en que un solo dia basta y sobra para devorar á muchos hombres, fácil es presumir que D. Leopoldo no será eterno en el poder.

Es verdad que tiene en su abono una gran ventaja.

Dirémos cuál es. Entre la política caduca, soberbia y jactanciosa de Narvaez, asociada á la política insolente y sardónica de Nocedal; entre ésta y la política ideal y vaporosa de Espartero, una política en que entran como resortes capitales las palabras dulces, las frases sonoras, salpicadas de plácemes, víctores, contorsiones, risas, serenatas, lloros y abrazos; entre esas dos zonas opuestas habia un vacío. O-Donnell lo vió, y puso allí sus reales. Lo ocupó, porque era lógico y natural que lo ocupára; porque si alguna culpa hay, no está en O-Donnell, sino en quien dejó aquel vacío. O-Donnell lo ocupó, y hasta aquí no encontramos nada que oponerle.

Tenemos que repetir que no hostilizamos en manera alguna al Presidente del Consejo, ni deseamos su caida, ni estamos léjos de creer que con un sistema *propio*, más liberal y en armonía con las exigencias de la opinion, áun pudiera el ilustre Duque de Tetuan dar forma, color y vida á una política más franca, á una situacion en que, entrando elementos ménos heterogéneos, salvase *todos los inconvenientes* que se oponen á la marcha progresiva por que suspira la Nacion.

Sea de esto lo que fuere, Dios sabe lo mejor, nadie pone en duda siquiera que D. Leopoldo será devorado un dia por esa veleidad impaciente, que es una de las más crueles ne-

cesidades del régimen parlamentario; y caido O-Donnell, ¿á manos de quién irémos á parar?

¿Irémos á parar á manos de Viluma? Esto es decir si irémos á parar al *calzon corto*, *media blanca*, *zapato negro*, *hebilla*, *coleta*, *peluca empolvada*, *sombrero de tres picos* y otras cosas á este tenor.

Viluma no acepta, no quiere; es un legitimista que no tiene valor para hacer en España lo que la legitimidad no ha tenido valor para hacer en Francia. Es un legitimista discreto, histórico, bastante histórico, bastante discreto para comprender que su partido es un lamento del pasado, un ataud que recibe un cadáver, la tierra helada que está pesando sobre los restos del desgraciado Ortega.

Pero ese partido, hay quien responde, ese partido existe aún como partido; tiene su organizacion especial, sus esperanzas, hasta sus intentos, hasta sus pruebas.

Sí, existe. En este mundo existen las sepulturas. Tiene sus pruebas; es muy cierto. Tambien los paños mortuorios tienen sus pliegues y su pompa; tambien la agonía tiene sus boqueadas; tambien las cenizas tienen su rescoldo.... Pero dejemos á los absolutistas. Es un partido tan desdichado, que su desdicha lo hace sagrado para nosotros.

¿Irémos á parar á manos de Narvaez? Los que desean un movimiento revolucionario, deben anhelar que Narvaez suba al poder. Á este célebre General le ha sucedido lo que al palo viejo: se apolilló. Estaba, ademas, en la estrella de D. Ramon que un hombre sin mérito habia de matarlo á mano airada, y su estrella le ha castigado con un tormento horrible: le mató Nocedal. Y ha sido una suerte tan desastrosa, que entre acabar como Narvaez ó morir como Or-

tega, casi da ganas de elegir el consejo de capitanes. Queremos decir, que casi da ganas de ser fusilado por cuatro granaderos, ántes que serlo por D. Cándido Nocedal.

¿Irémos á parar á Bravo Murillo? Bravo Murillo es hoy estraño, repugnante, imposible en el espíritu de la Nacion; estraño, repugnante, imposible en el espíritu del ejército. Amen de esto, tiene sobre sí todo el ridículo de una deformidad que no se perdona, porque no puede encontrar perdon quien sólo halla risa: *es mitad frac y mitad cogulla.* El siglo XIX está sentado, muy sentado, entre la cogulla y el frac.

¿Y San Luis? Ni sus propios amigos *se atreven á esperar en su reino.*

¿Y Espartero? ¡Murió! Murió muchas veces; la última, para no resucitar sino en la memoria del que se acuerde de su nombre. Espartero ha escrito su obra póstuma. Él mismo es su ultra-tumba.

¿Quieren comprender sus amigos la única gloria que pueden desearle?

Aquí la tienen: una sepultura no infamada; *el honrado vivir de los muertos.*

¿Y la Democracia? La Democracia tiene indudablemente muchos más recursos de doctrina, de moralidad y de fuerza, que todas las fracciones de que acabamos de hacer mérito: es un horario que recorre matemáticamente su esfera, guiado por el espíritu insondable del tiempo, por una insondable revelacion de la historia del hombre, por una augusta y suprema necesidad de los fines de Dios: recorre su órbita hasta que llegue á marcar el instante, hasta que ese instante se deje oir y avise á la tierra; pero la Demo-

cracia no será poder, no lo será, positivamente, hasta que se haga el último ensayo del sistema representativo, hasta que se llene ese vacío en la historia política de nuestro siglo y de nuestro pais, hasta que los hombres se convenzan de que en los pueblos de raza latina los Parlamentos son nulidades, y que eso que se llama *soberanía nacional*, no es otra cosa que un fantasma con muchos oidos sin ninguna oreja, ó muchas orejas sin ningun oido; ofrecer mucho pan á todos, para no dar un bocado á ninguno.

Da á espuertas, eso sí; pero nadie recibe una blanca. Esa es la *soberanía nacional*: el negro en el sermon; la cabeza caliente y los piés frios.

Cuando la buena fe practique un ensayo leal de ese sistema, de esa sombra de sistema, de esa mistura que hace imposible el único sistema que se conoce; cuando la Nacion se persuada que es impotente para todo lo que no sea aturdir al mundo con las algarabías de los Parlamentos; cuando lleguemos una vez á la evidencia de que en los pueblos de nuestra raza no hay nada posible entre una forma francamente despótica ó una forma francamente republicana; hasta que el pais no reciba esa última enseñanza, ese último escarmiento, la Democracia no tendrá condiciones de triunfo, condiciones prácticas y positivas de mando, salvo una eventualidad europea que nadie puede prever, y que no debe servir de base á ningun juicio.

La Democracia, entretanto, adelantará más ó ménos en el período de creacion; llamará á su doctrina más ó ménos conciencias; definirá con más ó ménos suerte los intereses de su futura organizacion; sembrará más ó ménos luz en los corazones, agitando la antorcha brillante de una gran

esperanza: todo eso está muy bien; pero no mandará. Decididamente, no dispondrá de los destinos del pais.

El sistema representativo es un centinela que, empuñando la pica que le dan los tiempos modernos, guarda el viejo depósito que le han legado las antiguas aristocracias. Hay que pasar por encima de él; hay que pasar sobre sus escombros, como ese sistema representativo hubo de pasar á su vez sobre los escombros de las escuelas conservadoras; como esas escuelas pusieron el pié sobre el derecho de vidas y haciendas de las monarquías absolutas; como esas monarquías tuvieron que remontar su vuelo sobre las almenas, los torreones, los fosos, los cadalsos y los puñales del castillo feudal, de ese convento aspillerado de una edad política.

Esto está escrito; esto está sentenciado en la historia, y la historia es una matemática divina. La Democracia tiene que pasar á su vez sobre otros puñales, otros cadalsos, otros fosos, otros torreones, otras almenas: tiene que pasar sobre otros castillos, sobre otros conventos señoriales, *conventos llamados ahora Parlamentos ó Cámaras*. Tiene que pasar sobre el fraile que ha convertido la abadía en un palacio. El Diputado á Córtes es el fraile de nuestros dias. No pide con saco, pero sin saco se las arregla.

La Democracia tiene que pasar inevitablemente sobre el sistema representativo. La Democracia tiene que pasar sobre los progresistas.

Y ¡se ha pretendido más de una vez unir estos dos bandos! Eso sería unir las piedras flamantes del edificio que se va á levantar, á los escombros ruinosos del edificio que acaba de caer.

Pero bien; ¿á dónde irémos? ¿á dónde irémos cuando caiga O-Donnell?

Al partido encargado por la moral del tiempo de hacer el ensayo definitivo del sistema parlamentario en nuestro pais; irémos al partido progresista. Si este partido no lo espera, si no lo ve, no merece siquiera ser partido; pero probablemente lo ve y lo espera.

Mas ¿cuál es el régimen que el bando progresista debe plantear, si quiere ser, no decimos estable, sino posible por algun tiempo? ¿Cómo debe obrar, si no quiere ahogarse entre los agitados elementos que dividen la política de nuestro pais y de nuestra era?

En una palabra, ¿qué forma debe proclamar? ¿qué intereses debe constituir? ¿de qué modo ha de organizar esos intereses y esa forma, para que logre hacer un ensayo definitivo del sistema parlamentario, fin grande y moralizador que le tiene guardado la Providencia?

Si ese sistema es la verdad, el partido progresista tendrá la inmensa gloria de haber dado la verdad al pais.

Si es mentira, el partido progresista tendrá tambien la inmensa gloria (tambien las glorias funerarias pueden ser grandes), tendrá la inmensa gloria, repetimos, de haber indicado al pais dónde puede hallar la verdad. Podrá morir como partido; pero vivirá eternamente como criterio. Ese es el gran carácter que nosotros reverenciamos en el partido progresista, porque es seguramente la mision más alta de que lo han encargado á un mismo tiempo la moral y la historia.

El partido progresista responde que establecerá todas las formas que constituyen su sistema, cuyo programa conoce

ya la opinion pública; pero que se mirará, sobre todo, en plantearlas de buena fe, para que su dominacion pueda llegar á ser la piedra de toque en que se pruebe la bondad del sistema representativo.

Este partido cree (un consuelo natural con que se lisonjea todo el que profesa una esperanza), cree que el sistema en cuestion, tiene sólo una cosa mala, muy mala, en el pasado de nuestro pais. Esta cosa mala consiste en que se ha falseado siempre al aplicarle, por lo cual no ha podido ser un sistema, sino *un sistema falseado*, como la fruta que se coge verde del árbol no puede ser fruta, sino *fruta verde*.

No queremos de ningun modo quitar al partido progresista esa grata ficcion de su deseo. Sabemos que el mundo es tan despiadado con las ideas, que necesitamos que Dios las aliente en nuestras almas con la inocente poesía de una ficcion, y no negamos esa ficcion á nadie, ni á un partido político, ni á un partido político en España.

Al contrario, deseamos ardientemente buenos ánimos al partido progresista; se lo pedimos, se lo encarecemos; para eso nos tendrá á su lado dia y noche; y no se lo rogamos, porque en política no se puede rogar.

Tenga fe, haga con fe el ensayo: venga ese ensayo una vez siquiera: póngase en evidencia, y veamos si es verdad ó mentira.

Nosotros creemos que, cuando una suma está equivocada, con cuanta más exactitud se sume, con tanta mayor evidencia saltará á los ojos la equivocacion.

Sume su guarismo el partido progresista; súmelo con cuidado, con mucho cuidado: eso queremos, eso le pedimos, eso quiere y le pide el pais; esa es su gran mision en los

fastos sociales de nuestra época. Sume de buena fe la suma equivocada, y calle luégo. No le exigimos el sacrificio de que nos diga el resultado de la operacion. No exigimos de nadie el valor horrible del suicidio. Calle, pero sume ántes de callar.

Definamos ahora los términos de la cuestion.

fastos sociales de nuestra época. Sume de buena fe la suma equivocada, y calle luégo. No le exigimos el sacrificio de que nos diga el resultado de la operacion. No exigimos de nadie el valor heróico del señor Galle; pero siquiera ántes de callar.

Definamos ahora los términos de la cuestion.

VI.

Lo que espera España del partido progresista.

Si este partido vuelve al régimen de las enhorabuenas, de las serenatas, de las ternuras, de los lloriqueos, de los abrazos y de las sonrisas, su política corresponderá á Espartero. Será la política en que el hacer gestos no es una aptitud de la materia, sino la esencia de un sistema social. El partido progresista de Espartero es un niño que hace ruido con la sonaja y da gritos él solo para distraerse de la idea del *bú*. Hé aquí por qué en aquellos tiempos no se oia otra cosa que rumor de sonajas y gritos infantiles; gritos y sonajas que no evitaron que el *bú* viniera. El *bú* vino, el niño se asustó: todo el mundo sabe lo demas.

Si el nuevo partido, la dominacion que se elabora actualmente, plantea ménos formas de las que entran en la ritualidad de su programa, su política corresponderá á las varias fracciones del moderantismo.

Si plantea más formas que las que en sí lleva el espíritu de su régimen, su política pertenecerá al partido democrático, y en ninguno de estos tres casos habrá alcanzado nada; porque es muy malo presentarse á un pais con ínfulas de *gobernantes únicos*, sin ser únicos en haber creado aquel gobierno.

Entiendan los partidos, que *comerse las tortas sin amasarlas ni cocerlas*, sólo se sufre en la monarquía pura, en la política de la tradicion, en el gobierno de la casta ó de la sangre; porque la casta no tiene precision de *amasar ni cocer la torta*, puesto que la historia la amasa y la cuece por ella. Pero repetimos que esto, que se sufre tradicionalmente en el gobierno hereditario, es insoportable de todo punto en los gobiernos de responsabilidad, de criterio, de creacion; por consecuencia, en los sistemas representativos.

Vamos á decir lo que el partido progresista debe hacer, lo que España espera del progreso oficial en la evolucion que se prepara, y que vendrá indudablemente.

1.° Reforma intelectual, manifestada por la libertad de la prensa, sujeta al jurado popular y gratuito.

2.° Reformas políticas:

1.ª Rebaja de la cuota para ser elector, dando cierto ensanche al sufragio.

2.ª Libertad de asociacion y reunion pacíficas.

3.° Desamortizacion civil y eclesiástica completa.

4.° Reforma civil. Desvinculacion de mayorazgos y demas propiedades privilegiadas, ó sea igualdad absoluta en el derecho de heredar, segun los Estatutos civiles.

5.° Reformas económico-administrativas:

1.ª Abolicion del derecho de puertas.

2.ª Abolicion de la contribucion de consumos.
3.ª Desestanco de la sal y del tabaco.

Creemos que de estas reformas debe sacar el partido progresista todo su carácter y toda su fuerza, por dos razones:

Primera: porque nadie puede decirle: *eres un intruso, ese gobierno es mio, tú quieres comerte la torta que otro ha amasado y cocido.*

Segunda: porque las reformas anteriores lo colocan á igual distancia de la monarquía y de la república, del bando doctrinario y de las fracciones conservadoras.

El partido progresista ocupará el *justo-medio*, el sueño dorado de la monarquía de Luis Felipe; nadie tendrá fuerza por el pronto para echarle abajo, y podrá tranquila y repojadamente ensayar su sistema; es decir, podrá tranquilamente estender su sudario y envolverlo allí, para amortajarlo al ménos con honra.

Pero ¿cómo nos esplicais, gritan los partidarios de ese sistema, cómo nos esplicais que el régimen parlamentario es tan fecundo y tan creador en el pueblo inglés? ¿Qué teneis que oponer á la organizacion inglesa?

Contestamos que el pueblo inglés no se gobierna tanto con instituciones escritas, como con su instinto, su trabajo, su industria, su ingenio, como con su necesidad, que es el gran genio que le ha dado la Providencia, del mismo modo que se lo ha dado á todos los pueblos en donde Dios ha hecho poco y el hombre tiene que hacer mucho; porque de otro modo, no viviria, no, no viviria el morador del polo sin abrigar sus carnes con las pieles del oso blanco.

El pueblo inglés se rige ante todo con su instinto, como

el hombre del polo mata por instinto al oso blanco y se viste sus pieles sedosas.

En la organizacion práctica del pueblo inglés no existe la mistura de dos poderes, el choque de dos fuerzas rivales. No existe la dualidad, la ley de la contradiccion, el antagonismo, que produce ó el aniquilamiento de los dos principios que luchan, ó la esclavitud del vencido, lo cual supone la tiranía del vencedor.

En el pueblo inglés no está la discordia elevada á gobierno.

En el pueblo inglés la monarquía no es más que una palabra en el lenguaje y una cifra en el presupuesto.

El Parlamento representa la política decidida, desembarazada, republicana, dictatorial, sin otro límite que el de esos sufragios universales: el sufragio de la razon, manifestado por la prensa; el sufragio del número, manifestado por el *meeting*.

La monarquía es un alcázar en donde se custodia un autómata de oro, cuyo oficio es mover siempre la cabeza diciendo que sí. El Parlamento es la mano activa é inteligente que mueve los resortes del autómata.

¿Oís un *no*? ¿un *no* claro, rotundo, decisivo, inapelable? Pues tened por seguro que no lo ha pronunciado el autómata de oro; y si encontrais que lo ha pronunciado, tened por seguro que la mano activa é inteligente le ha tocado al resorte.

En el pueblo inglés, lo dirémos mil veces, no hay dos elementos radicales distintos; porque con dos elementos radicales distintos es tan imposible gobernar, como es imposible que la luz sea á un mismo tiempo luz y sombra. No

basta la sabiduría, no basta la buena fe de un ángel, para hacer cosas que no pueden hacerse; y no puede hacerse un gobierno de dos fuerzas contrarias, enemigas, que se aborrecen, que se escluyen, que se devoran. Eso no puede hacerse en un Universo en donde no existen dos poderes fundamentalmente radicales; un Universo que no ha tenido ni puede tener más que un Creador; un Universo que no ha sido, ni es, ni podrá ser nunca más que un Universo, es decir, una universal hermandad, una universal y eterna armonía.

Contra ese código perdurable no valen el saber, ni la probidad, ni la fortaleza. Nadie es sabio, probo y fuerte para sobreponerse y ahogar la ley de Dios; nada es fuerte para ser más que Dios.

En el pueblo inglés no hay dos poderes, dos principios, dos teologías, *dos universos*, como en las naciones latinas gobernadas por el mismo sistema. El pueblo inglés conserva la casta: es dualista, es asiático en la cuestion social, en la cuestion del *mio* y del *tuyo*, en la cuestion del rico y del pobre: es autonómico, es único, es republicano, eminentemente republicano, en la cuestion política, en la máquina constitucional; y si otra cosa se ha escrito en un papel, lo escrito no sirve, porque el hombre se ha puesto en lugar del sistema.

En el pueblo inglés hay una ficcion y una realidad.

La ficcion se denomina *Trono*.

La realidad se denomina *Parlamento*.

Se denomina Parlamento, como pudiera denominarse César ó Washington: un resorte, una accion, un movimiento, un fin.

Hay Parlamento, como resorte capital y único de gobierno, de iniciativa, de conducta, nada más.

Hay un Consulado ó una Dictadura con el nombre de Parlamento; hay una afirmacion poderosa, nada más.

En los pueblos latinos, *el Rey reina y no gobierna.*

El Parlamento no reina ni gobierna.

Pues entónces, ¿quién gobierna y quién reina?

No se hable, pues, de la organizacion inglesa. El sistema del pueblo inglés no es el sistema representativo, sino *el sistema del pueblo inglés*, tan suyo como su comercio, como su industria, como sus buques, como su Banco, como su comida, como su trage.

No nos cansarémos de repetirlo, y tendríamos una incalculable satisfaccion, si nos cupiera la suerte necesaria para ingerirlo en el sentimiento nacional. En los pueblos de sangre latina, no hay otro medio para embrollarlo y confundirlo todo, que regirse por instituciones parlamentarias: no hay otro medio para no entendernos, que hacer un sistema político del verbo *parlar*.

Terminemos.

VII.

La persona del partido.

Nosotros somos en política lo que en religion, como herederos inmediatos de la fantasía asiática.

Si no vemos un templo, un altar, una reliquia, un nicho, un santo, no sabemos creer en Dios.

Si no vemos un templo, un altar, una reliquia, un nicho, un santo, no sabemos tampoco creer en el hombre.

Ese santo social es lo que nosotros, valiéndonos de una palabra palaciega, llamamos *la persona del partido.*

En los sistemas representativos se necesitan tres monarcas: el del Trono, el del Gabinete y el del Parlamento: *historia*, *brazo* y *lengua*.

El monarca del Trono lo tenemos ya: Isabel II.

El monarca del Parlamento lo tenemos tambien, es decir, lo tiene el partido progresista: D. Salustiano Olózaga.

Pero ¿dónde está el monarca del Gabinete? ¿Dónde está el brazo, la persona de la política?

D. Juan Prim no lo sabe tal vez, tal vez no lo quiere, quizá lo repudia; pero el pais, la necesidad de un período histórico lo llamará al poder, como lo ha llamado á la guerra de África.

D. Juan Prim debe encerrarse en un aposento, solo, á oscuras, sin más luz que la de su talento y su conciencia, y examinarse allí con la profunda veneracion con que debe estimarse á sí mismo el que va á tener en sus manos el destino de diez y seis millones de criaturas.

No le hacemos este llamamiento para que haga feliz á España, todo lo feliz que España puede ser y será algun dia, porque creemos que tanto no cabe en el sistema que le tendrá por jefe; pero le llamamos con un grito de nuestra alma, para que legue á su pais una evidencia generosa y fecunda, una evidencia que le sirva de antorcha en el viaje misterioso é infinito de lo porvenir.

Lo llamamos para que su pais lo admire por su ingenuidad en el gobierno, como lo admira por su franca y noble espansion en la familia, por su fuerza de voluntad en la conducta, por su clarísima intuicion en las Cámaras, por su ilimitado valor en la guerra.

Si el sistema representativo es un coloso, ese coloso debe erigirse.

Si el coloso no es coloso, debe derribarse, deben amontonarse sus ruinas, deben ponerse á un lado, léjos, muy léjos, para que España pueda ver los dos caminos que hay en la tierra, como hay dos polos en el cielo: *monarquía sin máscara*, ó *democracia sin disfraz*.

Medite el ilustre caudillo de la guerra de África sobre toda la estension que se abre á su paso, sobre toda la responsabilidad y toda la gloria de su mañana.

Ó fundador de una política que haga feliz á la Nacion, si es verdadera y se ensaya de buena fe, ó Leónidas que va á morir y tiene el magnánimo y asombroso valor de presenciar sus propias exequias.

Pero ¡no lo olvide el partido progresista español; no lo olvide tampoco D. Juan Prim! Si no hay convencimiento, si no hay valor para plantear todas las reformas que hemos indicado, aunque mucho tememos que se flaquee por tres puntos; si no se tiene el valor santo del que corta porque debe cortar, sin embargo de que otro gima porque debe gemir; el partido progresista caerá prematuramente, sin mérito, sin gloria, con las manos untadas por la masa que no supo amasar. Y en esto consiste precisamente lo más cruel de la derrota.

Si así obra el partido progresista, imitará á Espartero, escribiendo en vida, como Chateaubriand, su ultratumba.

Á su tiempo, en dias muy críticos tal vez, tal vez en momentos muy azarosos, dirémos al partido progresista los tres puntos por donde flaquea, por donde caerá, si no pone remedio.

Nuestros vaticinios señalan á D. Juan Prim, con el mismo dedo que á él le muestra su camino la gloria, el porvenir que le prepara, si no la voluntad, la actitud, la esperanza de diez y seis millones de almas.

Quizás nosotros nos engañemos; quizás este folleto es un delirio; pero ¿qué importa? sobre el engaño de los hombres,

arriba, mucho más arriba de nuestras cabezas, quedan siempre al mundo dos cosas muy grandes: Dios y el tiempo, una inmensa vida y un inmenso compás.

Madrid 26 de Abril de 1860.

J. de Mendoza.